

Aves trepadoras

Las aves trepadoras se caracterizan por tener dos dedos dirigidos hacia adelante y dos tendidos para atrás: tal disposición les permite agarrarse fuertemente a la corteza de los árboles y trabajar con el pico, usándolo como formón los pájaros carpinteros, y los papagallos cual si tuvieran los dientes afilados de un roedor

el pejivalle, donde se embotan las mejores herramientas de acero.

Con frecuencia se oye en el bosque un golpe sonoro, como de hacha, cuyo eco repercute en la espesura, cual si fuera el redoble de un tambor: es el **Campephilus guatemalensis**, de capa negra y gorro frigio, que golpea la corteza resquebrajada de los árboles, en



El Kea de la Nueva Zelandia,

(*Nestor notabilis*)

En el plumaje de los pájaros carpinteros aparecen los tintes: amarillo, gris, pardo, negro y rojo, con variados matices, más definidos y brillantes en los machos que en las hembras. Tienen un cuerpo ancho de espaldas; alas fuertes, largas, puntiagudas; cola de plumas rígidas terminadas en punta; plumaje apretado al cuerpo, musculatura y tendones adaptados al ejercicio tenaz de un obrero incansable. El cuello es delgado y la cabeza grande; el pico largo, cónico, terminado en punta afilada: todo semeja el mazo y el cincel que talará troncos leñosos y palmeras tan duras como

busca de insectos, o trata de perforar un tronco viejo para instalar su nido, en una especie de retorta espaciosa y honda. Durante su trabajo se agarra fuertemente con las uñas y afirma la punta rígida de las timoneras, sobre la corteza, para tener mayor seguridad en sus golpes repetidos. Cuando se fatiga, vuela en busca de alimento y regresa luego a su labor, hasta terminar la oquedad, aunque tarde varios días. Pone de tres a cinco huevos blancos, de cáscara lustrosa, y alimenta sus pichones con orugas y crisálidas, tan abundantes en mayo y junio, que es la época de anidar.

De la familia de los cuculidos es el *Piaya cayana* la especie conocida en Costa Rica con el nombre de "Pájaro ardilla", por su color rojizo, larga cola tendida, y por la facilidad con que se desliza entre las ramazones y bejucadas, persiguiendo los insectos de que se alimenta. Mide cuarenta centímetros de longitud, su pico es afilado y resistente; la garganta y parte superior del cuerpo es de color chocolate, más intenso sobre las alas y plumas de la cola; por debajo es gris ceniciento en el pecho, color que va oscureciéndose en el abdomen hasta adquirir un tinte negro por debajo de la cola, cuyas plumas son escalonadas en tamaño, encorvadas hacia abajo y terminadas en puntas blancas.

La curvatura especial de la cola y de las alas hace que este pájaro ascienda por las ramas de los árboles desliziéndose a saltitos; y para trasladarse de un lugar a otro distante vuela con las alas tendidas a manera de paracaídas; así se comunica de los árboles más altos a los de menor tamaño, formando su vuelo la línea de un plano inclinado.

Tiene un grito agudo y penetrante que lo denuncia donde quiera que se halla. Para anidar escoge un lugar oculto, de dos a tres metros de altura, y con hojas medio podridas fabrica su nido, sin mayor cuidado, de manera que al tratar de colectarlo para estudio, se deshace por completo. Dos huevos recogidos en Alajuela, a fines de mayo, eran de color blanco opaco, de forma elíptica-ovalada, y medían 33 y 35 milímetros de largo, respectivamente, por 24 de grueso, igual en ambos ejemplares.

El tijo-tijo, *Crotophaga sulcirostris*, es un pájaro de 33 centímetros de largo, correspondiendo a la cola más de la mitad, sin que entre el macho y la hembra haya diferencias notables. Su color es de un negro uniforme, con cierto brillo metálico, muy acentuado en las plumas del cuello y de las alas; su forma es delgada y ágil; la cabeza angosta y alargada, con pico negro, alto, surcado longitudinalmente y guarnecido por la parte superior con una arista delgada y curva, que termina en la frente; los ojos son de color pardo oscuro; el cuello corto, cubierto de plumas puntiagudas, semejantes a escamas de serpiente; alas cortas, angostas y encorvadas; cola ancha y redonda en la extremidad, con las timoneras laterales menos largas que las del

centro; las patas negras, bien desarrolladas, con dedos y uñas aptas para agarrarse a la piel del ganado vacuno o para correr por las bejucadas, ramazones y arbustos en que vive.

Habitan estos pájaros toda la América tropical, desde las llanuras bajas de ambos océanos hasta una elevación de dos mil metros, siempre en los campos descubiertos, poblados de pastos, en compañía del ganado vacuno. A medida que talan los montes y los prados se extienden por la falda de los cerros, estas aves ensanchan también sus dominios. En los potreros siguen al ganado paso a paso: les cruzan por debajo o se paran en el lomo de las reses para arrancarles con cuidado las garrapatas de la piel, sin que los bovinos manifiesten molestia alguna; es un caso ejemplar de servicio mutuo.

Por la mañana o después de la lluvia se paran los crotófagos en las ramazones secas, en filas de cuatro, seis, y aun más para recibir su baño de sol, con las alas entreabiertas o naturalmente caídas, y con el pico se limpian las plumas muy tranquilamente; cuando se alarman emprenden el vuelo hacia la ramazón cercana, uno tras otro, y gritando desde el primero al último: **tijo, tijo**. . . Al comenzar la estación lluviosa se les ve deslizarse en pequeñas bandadas, con la cola tendida, hacia los lugares húmedos en persecución de insectos: brincan sobre el zacate, con ambas patas a la vez, cogiendo grillos y otros bichos que tratan de huir; por las yerbas, arbustos y ramas de los árboles trepan con rapidez, registran las bejucadas y se mueven de un lugar a otro con inquietud, haciendo un gran alboroto. Su vuelo es pesado, lento e irregular, sin batir mucho las alas, a pequeños impulsos, como desliziéndose sobre un plano inclinado. En los setos espinosos se mueven ágilmente, y no es raro verlos cazar libélulas y mariposas al vuelo sobre los pantanos, tal es su voracidad de insectos; sin embargo, su manjar preferido son las garrapatas, parásitos siempre repletos de sangre.

La época de anidar comienza con la estación lluviosa: construyen sus nidos en las ramazones bajas, a dos o tres metros de altura, rara vez en la copa de los árboles, con ramitas y palillos secos, en forma rústica, de tamaño voluminoso, ligeramente cóncavo y acolchado con hojas verdes, que al fermentarse pro-

ducen calor y ayudan a la incubación, que en otras circunstancias sería difícil, dado el tamaño grande de los huevos, su cáscara gruesa, el crecido número de ellos y la flacura de los pájaros. La vida de familia del tijo-tijo, hace que sus costumbres para la cría sean diferentes al resto de las aves: ponen hasta catorce huevos colectivamente, en un mismo nido, y se echan dos o tres hembras a la vez durante la incubación. Los huevos son de color blanco mate, revestidos de una capa delgada de cal, que se raspa fácilmente, quedando en el fondo una superficie lustrosa, de poros muy finos y color verde brillante, azulado cuando los huevos están frescos y pálido en los ejemplares empollados. Su forma varía entre la oval y la elíptica, dando así dimensiones variables en los huevos de un mismo nido, desde 32 por 23 hasta 36 por 26 milímetros.

En el orden de las trepadoras entra también la familia de los tucanes, notables por su enorme y liviano pico, de tintes variados. Son aves exclusivamente americanas, que viven en el bosque denso de la zona tropical, desde las mayores alturas hasta las tierras bajas de ambos mares. Algunas especies prefieren las llanuras cálidas; otras no descienden de la cresta de las cordilleras superiores a dos mil metros de altitud; y hay géneros que tienen una especie que los representa en la costa del Pacífico y otra al lado del Atlántico, separadas radicalmente por la cordillera central. El gran curré negro, de pecho amarillo, por ejemplo, vive en ambas vertientes; mientras el más pequeño de nuestros tucanes, de color verde y garganta azul, no baja de la región de los robles, en las serranías y volcanes elevados.

Todas estas aves viven en pequeñas colonias, y se alimentan de insectos y frutas; pero también persiguen los huevos y pichones en los nidos de los pájaros. Para comer, cogen la fruta apetecida, vuelan a la rama donde estaban posados, tiran hacia arriba la fruta y la reciben con el pico abierto para que rueda hasta la garganta; ese ejercicio frecuente hace que manejen su hermoso pico con suma gracia y destreza. Anidan en los huecos de los árboles, como otras muchas de las aves trepadoras.

Algunos naturalistas colocan los loros a la cabeza del mundo de las aves, comparándolos con los monos, por su inteligencia y por el espíritu de imitación que los caracteriza. En sus movimientos son igualmente graciosos: recorren con agilidad las ramas de los árboles, se posan tocándose las alas unos al lado de los otros, se espulgan mutuamente, se cuelgan con gracia de las patas; y como si éstas fueran una cola prehensil, cuando mueren heridos por las balas, permanecen suspendidos de las ramas a la manera de monos americanos. Al posarse para comer en los árboles frutales, se quedan algunos loros en las ramas más altas para avisar a sus compañeros del menor peligro que les amenace; al dar la voz de alarma, forman todos una gran algazara, toman el vuelo, y la bandada se aleja del paraje donde ha descubierto al enemigo; a veces se posan de nuevo en otro árbol con fruta de las cercanías, pero difícilmente se les puede sorprender, porque su color verde los confunde con el follaje.

En cautiverio son los loros en extremo cariñosos con sus amos: aprenden toda clase de sonidos, ladran como perros, cacarean imitando a las gallinas, llaman por su nombre a las personas de la casa, silban y se ríen con increíble naturalidad; en las guarniciones militares aprenden los toques de corneta, las voces de mando, etc.; además, como viven tantos años, se captan la simpatía de sus amos, y de buen grado se les toleran las travесuras y daños considerables que ocasionan con su pico destructor.

Se echan en los nidos de las gallinas como si trataran de sacar pollos, luego se retiran alegres de haber molestado por un rato a las aves del corral. No se les puede tener en absoluta libertad, porque destrozan las plantas del jardín y los tiernos árboles frutales, en lo que experimentan un verdadero deleite. Se acostumbran a mojar en agua el pan que se les da; pero si es un pedazo de azúcar, como al hacer el ensayo se les disuelve en el agua, jamás lo vuelven a humedecer en el resto de su vida.

Son de tal modo adaptables los loros al medio en que viven, que fácilmente cogen costumbres nuevas, aun las más contrarias a su régimen de vida ordinaria: así se cita el caso del Kea, loro de la Nueva Zelandia, que se vició a comer sebo en los tendidos que los

pastores hacían al sol; cuando se percibieron de los daños causados por estos loros silvestres, se ordenó la persecución de tales aves: esto produjo un perjuicio mayor aún, porque los loros, no pudiendo obtener el sebo en los tendidos de los pastores, aprendieron luego a posarse sobre el lomo de los carneros, romper la piel con su afilado pico y conseguir de ese modo la grasa que se habían acostumbrado a comer.

En las noches de luna hacían sus excursiones de bandalaje, y como los corderos indefensos se echaban al suelo de espaldas para cubrirse el lomo, los acometían entonces de costado. Después se dispuso la persecución de noche, con perros adiestrados especialmente para dar caza a estos enemigos encarnizados de los rebaños en Nueva Zelandia, que llegaron hasta ocultarse en cuevas subterráneas, cambiando así, por completo, su sistema de vida salvaje; dentro de pocos años se habrá logrado destruir esta especie de loros, que el ambiente transformó en animales nocivos, y no quedará más que su recuerdo consignado en los museos y libros de Historia Natural.

La familia de los loros está representada en Costa Rica por quince especies de tamaño y colores diversos, conocidas con los nombres de guacamaya, lapa, lora, cotorra, chucuyo, catán, periquito y zapoyol.

El *Conurus petzi*, llamado perico catán, es de 23 centímetros de largo, desde el pico hasta la terminación de la cola. Su color general es verde, con un tinte amarillento en el abdomen; en la frente luce un hermoso matiz de naranja subido, y sobre la cabeza el azul ceniciento, que va a confundirse, esfumándose, con el verde esmeralda del dorso y de las alas. La cola, escalonada, termina en punta y mide diez centímetros de longitud.

A mediados del año se extiende esta especie por toda la vertiente del Pacífico, llegando hasta la meseta central en busca de frutas y maizales, donde se posa en bandadas más o menos numerosas; al comenzar la estación seca regresa a la región costeña, y allí se dedica a los cuidados del hogar.

Las llanuras de Orotina, desde trescientos metros de altitud hasta la orilla del mar, son lugar aparente para la reproducción de loros y pericos, por su clima cálido, abundancia de árboles y panales de termitas, aun en las tierras de cultivo: a diversas alturas del suelo,

sobre las horquetas y ramas, se hallan esos panales de comején, muy voluminosos y duros, contruidos con tierra y resinas mezcladas; allí abren los pericos un agujero lateral e inclinado hacia arriba, que vuelve luego y se ensancha al centro del panal, en forma de retorta, dejando así una oquedad espaciosa donde la hembra deposita los huevos, al abrigo del viento, de la lluvia, y de otros animales.

Un nido de estos, observado a seis metros de altura, donde estaba la hembra echada y el macho dándole la voz de alarma desde la copa del árbol⁽¹⁾ tenía seis huevos medio empollados, de color blanco uniforme y lustroso, forma casi oval, que miden 25 milímetros de largo, por 20 de grueso, muy poco más los de mayor tamaño.

En cautiverio aprenden a decir: **periquito, ricc, rico, urra periquito.**

Las loras anidan en los huecos de los árboles; se acostumbra cogerlas antes de emplumar por completo, y aprenden a hablar en pocos meses; luego las venden a cinco, diez, y hasta cincuenta colones, cuando son verdaderas artistas de la palabra; pero resultan algunas tan torpes, que después de quince años de estar en cautiverio, apenas aprenden a decir **lerita**, y eso con mucha dificultad.

En estas aves se presentan con frecuencia casos de albinismo, que debiéramos llamar con mayor propiedad **flavismo**, por ser de un tono amarillo de oro, como sucede con la bocaracá o serpiente llamada **orpel**.

Además de la guacamaya, color rojo y amarillo, hay la lapa verde, de copete rojo, tan frecuente en la vertiente del Atlántico, ambas de gran tamaño, con larga cola terminada en punta, de timoneras escalonadas.

Las loras son de color verde y pertenecen al género **Amazona**, **auropalliata** si tiene la nuca amarilla, **diademata** si presenta un copete rojo, **albifrons**, si tiene la frente blanca, etc.

Anastasio Alfaro.

NOTA.—Pasamos sin tomar en cuenta la familia *Capitonide*, por tener sólo dos especies pequeñas en Costa Rica: el *Capito salvini* y *Tetragonops frantzi*, que viven en la falda de los volcanes y son de costumbres arbóreas, como todas las aves trepadoras.

(1) Véase *The Condor*, vol. VII, nov. 1905, pág. 157.